

CRÓNICAS

LOS MONASTERIOS CISTERCIENSES DE AMÉRICA LATINA

Para un viajero que hace el largo recorrido desde México hasta la Argentina por Chile o Brasil, la primera impresión que le produce este Continente es la de inmensas soledades montañosas, vastas regiones sin explotar bordeadas por ciudades populosas de un rincón del mundo occidental aún muy poco conocido. América Latina se mantiene única en muchos aspectos. No se puede más que admirar la obra magnífica realizada por los religiosos españoles hace 400 años, cuando, al realizar un programa misionero nunca igualado en la historia de la Iglesia, evangelizaron este territorio y lo dotaron de una cultura profundamente católica. Hoy se puede observar una similitud de problemas y de aspiraciones en todo este vasto territorio, a pesar de las diferencias que existen entre sus grupos étnicos, o de un país a otro. Además en todo el continente se asiste a una creciente toma de conciencia de la gravedad de la hora y de la responsabilidad que incumbe al monaquismo en una tarea que todavía debe ser definida.

Perspectiva histórica

La historia monástica de América Latina es pobre en hechos. Los reyes de España, en su deseo encomiable de cristianizar los territorios recientemente descubiertos más allá de los mares, prohibieron a las órdenes monásticas que enviaran sus miembros a las nuevas tierras. Sólo se les permitía emprender la obra de evangelización a los religiosos activos. Brasil, por el contrario, que dependía de Portugal, vio nacer su primer monasterio benedictino en 1582, en la ciudad de Salvador de Bahía.

El primer monasterio que se estableció oficialmente en territorios de lengua española, apareció recién a fines del siglo XIX: la Abadía de Niño Dios en Argentina. Los cistercienses de la estricta observancia no emprendieron su primera fundación oficial hasta 1958.

Antes de describir los principales aspectos de las cinco casas trapenses del Continente, debemos decir algo acerca de dos monasterios cistercienses anteriores, así como de la implantación de la Común Observancia en Bolivia y Brasil.

El primer establecimiento cisterciense merecería ulteriormente ser objeto de un estudio de historia monástica. Se trata del monasterio de la Santísima Trinidad en Lima (Perú), casa de monjas cistercienses fundada en 1580 por Lucrecia Mencia de Vargas, española casada con uno de los primeros conquistadores. Esta mujer, de una fuerte voluntad, dos veces viuda, dedicó su vasta heredad a la fundación y al sostén de un monasterio destinado a mujeres blancas atraídas por la regla del Cister. Ella misma fue nombrada por el Arzobispo de Lima, primera abadesa de la comunidad; permaneció en ese cargo hasta su muerte y fue reemplazada por su hija, viuda, que era también una de las fundadoras. Cuando esta última murió, las abadesas comenzaron a ser trienales. El papa Gregorio XIII aprobó oficialmente la fundación en 1584 por medio de la bula *Apostolici muneris sollicitudo*, como monasterio de la orden del Cister, pero sin ningún vínculo jurídico con los monasterios europeos. Con una notable fidelidad al ideal de su fundadora, la comunidad atravesó las vicisitudes de la historia peruana hasta las reformas postconciliares de los años 1970. Recientemente ha sido suprimida y algunas de sus sobrevivientes fueron obligadas a incorporarse a una congregación peruana

de religiosas franciscanas activas.

Otras dos comunidades cistercienses se instalaron en Brasil a comienzos del siglo XX. Separada de Francia a causa de la situación política, la comunidad de Chambarand encontró un refugio no lejos de San Pablo (Brasil) desde 1903 hasta 1927. Una comunidad hermana, la de las monjas trapenses de Saint-Clément de Macón, se estableció por los mismos motivos, primero cerca de San Pablo, luego cerca de Río de Janeiro, desde 1908 hasta 1931. Ninguna de estas dos comunidades fue reconocida oficialmente como fundación de la Orden, y las dos retornaron a Europa para repoblar respectivamente las abadías actuales de Orval y de Chambarand.

La orden del Císter –Común Observancia– pudo volver a levantar la antorcha de la vida cisterciense en América Latina y fundó en 1929 una casa en Apolo, Bolivia, a 200 kms. al norte de La Paz. Destinada originalmente a una comunidad de monjes orientados hacia la actividad misionera, es ahora una abadía de monjas. La Común Observancia actualmente cuenta también con ocho comunidades en Brasil; la más antigua es la abadía de Santa Cruz de Itaporanga, fundada por Himmerod en 1936.

A través de este bosquejo muy rápido de la historia de los antecedentes cistercienses en el Continente, podemos apreciar que las cinco casas trapenses, fundadas después de 1958, representan una implantación más bien tardía de la Estricta Observancia. Si los trapenses se encuentran allí en la actualidad, lo deben en gran medida a la visión y a los esfuerzos de Dom Edmund Futterer, abad de Spencer entre 1945 y 1961. Después del establecimiento de cuatro fundaciones en los Estados Unidos de América del Norte, Dom Edmund sintió la urgente necesidad de monasterios estrictamente contemplativos, tanto de hombres como de mujeres, en los países de América del Sur. Su iniciativa marcó el comienzo de la Estricta Observancia en el continente sudamericano.

Azul

El monasterio de Nuestra Señora de los Ángeles fue fundado en 1958 gracias a un conjunto de circunstancias: el deseo de la comunidad de Spencer, el terreno donado por un estanciero argentino, y la generosidad de un rico benefactor norteamericano que ofreció los fondos necesarios para la construcción de los edificios. El monasterio definitivo, de ladrillos en el estilo cisterciense clásico, fue terminado en 1961 y el noviciado se abrió al año siguiente. La semi-autonomía fue otorgada en 1969; la plena autonomía en 1974.

El ritmo de entradas ha sido lento pero constante. En la actualidad la comunidad cuenta con 20 miembros que residen en el monasterio, de los cuales 8 son originarios de Spencer y 12 han ingresado en Azul; 6 de ellos han hecho la profesión solemne. Pertenecen también a la comunidad, el capellán de Hinojo y el Superior de la reciente fundación de Brasil. Aunque el Prior es uno de los fundadores, la formación ha sido confiada a un joven maestro de novicios argentino. Azul ha estado también en condiciones de patrocinar y dirigir, gracias a las vocaciones del lugar, la traducción y publicación en español de numerosos escritos de Padres de la Orden, especialmente de Guillermo de Saint-Thierry y de san Elredo.

Geográficamente, el monasterio está completamente aislado: a 50 kms. de la ciudad más próxima, en medio de una cadena de sierras de escasa altura que los visitantes comparan a la vez con Irlanda y con Tierra Santa. Este alejamiento de los sectores habitados favoreció la orientación fuertemente contemplativa de la comunidad al reducir el número de turistas y al privar de medios de comunicación tales como la televisión, e incluso, el teléfono. Vivimos en una región de grandes y prósperas estancias, dedicadas a la cría de ganado y a la agricultura. Esto ha permitido a la Comunidad autoabastecerse, explotando ella misma el campo. Con sus trescientas colmenas, también ubica su miel en comercios de numerosas poblaciones.

El contraste impresionante entre ricos y pobres, que marca tan fuertemente el sistema social de otros países de América Latina, no es tan acusado en esta región de Argentina, lo que ha facilitado que se mantenga un ritmo contemplativo más fácilmente que en el resto del Continente. A pesar de poseer una propiedad más bien extensa, análoga a las explotaciones cistercienses tradicionales, la Comunidad de Azul no ve la necesidad inmediata de cambiar su economía, que está muy de acuerdo con el estilo de vida contemplativa que los jóvenes buscan.

A lo largo de la última década se ha profundizado el sentido espiritual de la sociedad argentina. La vida monástica totalmente entregada a la oración y a los valores espirituales ha sido progresivamente mejor comprendida a tal punto que el aspecto social del monasterio se acepta mucho más gustosamente. Esta mejor aceptación corresponde a la renovación religiosa general de la que se beneficia en la actualidad la Iglesia argentina.

La Dehesa

En 1960, Spencer emprendía una segunda fundación en América del Sud, esta vez en los linderos de Santiago (Chile). El lugar es considerado uno de los más hermosos de la Orden. Resguardados de la ciudad de Santiago por altas colinas, los edificios de un solo piso se abren sobre los picos elevados de la Cordillera de los Andes, a 6.000 ms. sobre el nivel del mar. No obstante, estos últimos años, el humo de la ciudad tiende a oscurecer la claridad de las montañas cubiertas de nieve.

Los actuales edificios de La Dehesa deben su disposición y su estética al segundo grupo de fundadores, provenientes de la Abadía de Gethsemani que retomó la paternidad del monasterio en 1966. La construcción primitiva forma una de las alas del monasterio actual, que ha mantenido la baja elevación del primer proyecto, lo que es indispensable en un país sacudido periódicamente por temblores de tierra.

En el momento del cambio de paternidad, los primeros fundadores tuvieron la posibilidad de elegir la casa a la cual preferían pertenecer. Algunos retornaron a Spencer, otros eligieron establecerse en la casa hermana de Azul, mientras que tres de ellos permanecieron en Chile y se integraron al nuevo grupo venido de Gethsemani. La fusión de los dos grupos no era fácil, pero todos aceptaron la apuesta y el resultado es un testimonio elocuente de la alta calidad espiritual de la Comunidad. El monasterio fue erigido en priorato semi-autónomo en 1970 y ha devenido plenamente autónomo en 1980; el Prior titular es uno de los primeros fundadores de Spencer.

En estos últimos años, La Dehesa ha recibido un sólido refuerzo de jóvenes vocaciones, tanto de Chile como de otros países, en particular de Venezuela. Actualmente la Comunidad cuenta con 20 miembros: 8 provenientes de casas de los Estados Unidos, 12 que entraron en Chile, de los cuales 3 han hecho su profesión solemne. Como su casa hermana de Argentina, La Dehesa vive exclusivamente de su campo. A la agricultura, el ganado y el colmenar, se ha agregado una vasta plantación de nogales. Uno de los rasgos característicos de la Comunidad es la ayuda material otorgada a los numerosos indigentes que vienen a pedir limosna a la puerta del monasterio, Esto inevitablemente ha acarreado verdaderos problemas, en particular en cuanto a la orientación contemplativa de la vida de la Comunidad y al modo de testimonio que busca dar a las diferentes clases sociales de la sociedad chilena. Las tensiones no se resuelven fácilmente, pero la caridad y la alegría espiritual que irradia la Comunidad superan todas las dificultades y hacen esperar grandes promesas para el porvenir.

La Comunidad se prepara para acoger una fundación de monjas de Vitorchiano, que se

establecerá en la diócesis de Talca, a 200 kms. al sur, probablemente en el verano de 1981¹.

El Encuentro

En América Latina, hasta una fecha muy reciente, las vocaciones para la vida religiosa femenina eran mucho más numerosas que las de los hombres. Las mujeres que se sentían llamadas a una vida puramente contemplativa elegían entre los numerosos Carmelos de las ciudades y de las villas del Continente. Había también, aunque en menor cantidad, monasterios de clarisas y de otras ramas contemplativas de órdenes activas. Las comunidades de benedictinas se encuentran sólo en Méjico, Brasil, Argentina y Uruguay.

Las mujeres que se sentían atraídas por la vida trapense debieron esperar hasta 1971 para poder satisfacer su deseo. Ese año, se realizó la primera fundación de la rama femenina de la Estricta Observancia en Méjico, cerca de Ciudad Hidalgo, en el estado de Michoacán, a 210 km al oeste de la ciudad de Méjico, en la áspera cadena de montañas del centro, a una altura de cerca de 2.000 metros. Las fundadoras eran 8 monjas de Ubexy. A este primer núcleo se agregaron numerosas vocaciones mejicanas: 3 jóvenes profesas, 2 novicias y varias postulantes serias.

El nombre oficial del monasterio es “Monasterio Madre de Dios”, pero a raíz de las leyes anticlericales del país, fue necesario buscar otro nombre y la Superiora de la fundación, Hna. Gertrude Briswalter, eligió el de “El Encuentro”. Este nombre ha sido realizado de diversas maneras.

Más que ninguna otra fundación cisterciense del Continente, esta Comunidad se ha identificado con la clase más humilde de la sociedad. Los trabajadores rurales –tan numerosos en toda América Latina– se acercan al monasterio como a un hogar, y en la misa del domingo, se unen con las familias más acomodadas. Como las otras fundaciones de la Orden, ésta es también un lugar de encuentro de la cultura moderna del Atlántico Norte y la del Continente Sudamericano. El grupo de fundadoras y las vocaciones del lugar, más netamente diferentes en Méjico que en los otros países, han encontrado una unidad profunda al compartir su vocación y sus experiencias.

La historia de “El Encuentro” muestra que la Comunidad se ha encontrado, ante todo, con la Cruz de Cristo. Fue necesario que las fundadoras estuvieran sostenidas por una fe profunda y la convicción íntima del llamado de Dios. Desde los comienzos, en efecto, las pruebas no faltaron: en primer lugar, por supuesto, por la implantación en un medio cultural diferente de lengua extranjera; además, pronto las hermanas advirtieron que su monasterio había sido construido en un terreno que, a pesar de las apariencias, no tenía agua suficiente para el mantenimiento de la Comunidad. Así, en 1975, debieron buscar otro emplazamiento; fue del otro lado de Ciudad Hidalgo, sobre la pendiente en parte desmontada de una alta montaña boscosa. Allí encontraron a la vez agua abundante, mayor soledad y una belleza salvaje que hace pensar en lo que debían ser los monasterios de la Edad Media instalados sobre una ladera de los Alpes.

El primer emplazamiento se vendió y poco a poco se construyó un Monasterio en la nueva propiedad, con la ayuda de muchos benefactores mejicanos. Durante los primeros meses, las condiciones de vida en el nuevo monasterio todavía sin terminar, fueron verdaderamente precarias, pero, ni las mayores, ni las hermanas del lugar, se descorazonaron. Al contrario, el ejemplo de fe y de coraje de las hermanas más ancianas contribuyó a la formación de las más jóvenes. Finalmente, en octubre de 1979, la Comunidad fue elevada a la categoría de Priorato autónomo y la Hna. Gertrude fue elegida Priora titular.

¹ Es el Monasterio de Nuestra Señora de Quilvo, fundado efectivamente a fines de 1981.

Muchos lectores de estas páginas conocen la muerte repentina de la Hermana Gertrude, sólo diez días después de su elección. Falleció por una hemorragia, a consecuencia de un accidente de auto cuando regresaba al Monasterio después de una compra de trigo para la siembra de invierno. Tranquila y plenamente consciente hasta el fin, devino más que nunca la madre de la comunidad por la que entregó su vida.

Después de una nueva elección, fue remplazada por la primera maestra de novicias, venida también de Ubexy, y así El Encuentro se convirtió en la primera casa de la Orden en América Latina que tiene más de una superiora electa. El crecimiento de la Comunidad es prometedor y actualmente la mayor preocupación es encontrar y desarrollar la industria que asegure los medios de subsistencia.

Hinojo

A 7.500 kms. al sudeste de Méjico, sobre una sierra de escasa altura que domina la pequeña ciudad de Hinojo (Argentina), se encuentra el segundo monasterio de monjas trapenses de América Latina. Situado a 60 kms. al oeste del monasterio de Azul, su nombre oficial es "Monasterio Madre de Cristo". Las diez fundadoras llegaron de Vitorchiano en 1973. Hay en la actualidad 8 hermanas italianas, 2 profesas del lugar con votos solemnes y 10 novicias o jóvenes profesas, es decir, 20 religiosas en total. Es al mismo tiempo la más joven de las comunidades trapenses de América Latina y la que crece más rápidamente. Ha llegado a ser Priorato autónomo a comienzos de 1977.

La Comunidad ha logrado bastante fácilmente autoabastecerse gracias a una industria de estampas, según el modelo que tuvo tanto éxito en Vitorchiano. Estas imágenes son distribuidas extensamente en toda la Argentina y con su venta se consigue sufragar las necesidades de una comunidad que crece rápidamente. Las monjas tienen también un colmenar y hacen rosarios.

Como casi la mitad de la población de Argentina es de origen italiano, las hermanas no han tenido que enfrentarse con las mismas dificultades que las fundadoras nacidas en otros países de Europa o de América, para adaptarse a su nueva cultura. Rápidamente pudieron integrarse en la Iglesia local. Como los monjes de Azul las habían precedido en el país, esto les permitió ser conocidas y aceptadas más fácilmente. La prueba es que las seis habitaciones de la hospedería de Hinojo están continuamente ocupadas.

Lapa

La última fundación de la Estricta Observancia en América Latina se encuentra en Brasil, a 5 kms. del pequeño pueblo de Lapa, y a 30 de Curitiba, una de las ciudades más extensas y de mayor crecimiento de la parte meridional de este inmenso país, el más grande de los países católicos del mundo. Respaldada por la abadía de Genesee, la fundación recientemente aprobada existía desde octubre de 1977 en forma de granja o casa anexa. Es una región de cultivos seminómades y de clima templado, a una altura de 1.000 metros. Lapa representa una experiencia interesante de fundación de doble origen, ya que el Superior es un monje de Azul, originario de Spencer, mientras que los otros seis fundadores son de Genesee.

Como consecuencia de un aprovisionamiento irregular de agua y de la vecindad de una nueva ruta para camiones, fue necesario buscar un lugar más favorable que la propiedad destinada a la fundación. En 1980, se encontró un emplazamiento mejor no lejos del primero; es un lugar muy hermoso y forestado en la ciudad de Campo do Tenente. El Monasterio se llama Nossa Senhora do Novo Mundo.

Los últimos proyectos

Ya hemos hablado del proyecto de una fundación de trapenses de Vitorchiano en Chile. Otro proyecto, esta vez en Méjico, está aún más avanzado. Los monjes españoles de San Isidro de Dueñas han decidido hacer una fundación en ese país, y tres de ellos están allí desde 1979. Después de haber examinado las diferentes posibilidades que les habían ofrecido, instalaron lo que todavía es una casa anexa, en una pequeña finca cerca de Jacona, Michoacán, a 200 kms. al oeste del monasterio de las monjas.

La realización de este proyecto, junto con la fundación de monjas en Chile, contribuirá a afirmar todavía más la presencia cisterciense en estos países.

Una región mixta

Es posible que en menos de cinco años haya casas de la Orden de uno y otro sexo en Argentina, Chile y Méjico. Esta perspectiva señala una de las características de la presencia cisterciense en América Latina: la complementariedad de las dos ramas –masculina y femenina– en nuestra Orden. Esto ha llevado a discutir la posibilidad de formar una Conferencia Regional Latinoamericana que comprenda a la vez monjes y monjas. Esta posibilidad se convirtió en una realidad en los Capítulos Generales de 1980 y 1981.

La nueva región mixta surge de la convergencia de numerosos factores diferentes. El aislamiento de esas casas, a raíz de la lejanía de otras casas de la Orden, se ve aumentado por la dificultad de ser plenamente integradas en las Conferencias regionales ya existentes, hecho que es particularmente real para las dos casas de monjas.

El aflujo creciente de vocaciones del lugar también impide una identificación con las Conferencias regionales de Europa o de América del Norte, e impulsa a las comunidades de América Latina a unirse entre ellas y a sostenerse moralmente. La comunidad de lengua y de cultura favorece enormemente esta integración, de ahí el deseo de estar más auténticamente representadas en el gobierno central de la Orden por un delegado latinoamericano en el *Consilium Générale*.

Las reuniones “pre-regionales” para las cinco casas ya establecidas tuvieron lugar, primero, en Hinojo en octubre de 1978, luego en La Dehesa en mayo de 1980, con el objeto de compartir experiencias y ayudarse mutuamente en la búsqueda del ideal cisterciense común. La primera de estas reuniones concluyó con un triple resultado: un boletín periódico de información, un secretario regional, y un comienzo de investigación sobre la posibilidad de constituir conferencias regionales mixtas. La reunión de La Dehesa estuvo centrada en las necesidades y problemas de la formación dado el doble carácter de nuestras comunidades de vida cisterciense y cultura latinoamericana.

Gracias a estas dos reuniones, han podido ser deslindados numerosos rasgos comunes a estas comunidades. Son comunidades fundadas desde otros continentes que se desarrollan rápidamente, lo que significa que el grupo de fundadores es netamente distinto del de los jóvenes, provenientes de América Latina, que forman el sector más dinámico de la comunidad, y cuya dirección van asumiendo paulatinamente. En todas las casas se encuentra la misma dificultad causada por la tensión creada entre la condición social del medio ambiente y el deseo de conservar la atmósfera y el equilibrio característico de la vida benedictina.

Siguiendo las directivas de los últimos documentos de la Iglesia (*Ad Gentes, Evangelii nuntiandi, Mutuae relationes*, Documento de Puebla), las comunidades tratan de insertarse

cada vez más en la cultura y en la Iglesia locales. Más precisamente, todas tratan de realizar esta inserción no **a pesar de** la orientación contemplativa de la vida cisterciense, sino justamente **por medio de** esta orientación. Es importante insistir sobre este punto, puesto que hasta muy recientemente, se ha escrito que la adaptación del monaquismo en América Latina necesitaba la adopción de una forma de evangelización más activa y más exterior.

Los grandes recursos espirituales de estos países y el reclutamiento constante de nuestras comunidades entre los nativos del lugar, muestran que la vida cisterciense responde a un elemento profundo de la mentalidad latinoamericana, que hasta ahora no ha sido suficientemente desarrollado: una combinación de vida en común y de contemplación. Quizá sería un aspecto de la “civilización del amor” proclamada por los últimos papas y que América Latina procura realizar profundamente.

Tres fundadores

Podremos comprender mejor la vida y el espíritu de las comunidades de América Latina no por una descripción que, aunque detallada, sigue siendo superficial, sino por medio de la presentación de dos hermanas y de un hermano que ya han dado su vida por la implantación del Cister en estos países.

La primera que se fue a la casa del Padre es la Hna. Sebastiana Scuccato, antes enfermera de la comunidad de Vitorchiano, venida a Hinojo con el grupo de fundadoras en enero de 1973. Era una mujer generosa, práctica, de alrededor de 40 años, alta y muy corpulenta. Había sufrido una operación de la cual aparentemente había salido bien, a raíz de un cáncer de seno. Parecía que no había ningún peligro de recaída, a tal punto que cuando se ofreció para la nueva fundación, fue aceptada; su aporte fue muy apreciado en el difícil período de adaptación cultural.

La Hna. Sebastiana estaba apegada a su casa madre y le resultó difícil vivir en otra comunidad mucho más pequeña. Un día tuvo una tentación especial de pedir su regreso a Italia. Esa noche, sin embargo, mientras rezaba sola en la capilla después de Completas, se sintió impulsada a anticipar su nueva estabilidad en Hinojo. Sin más ceremonia, se postró en tierra delante del altar y silenciosamente, pronunció el voto de permanecer en esa nueva comunidad para toda la vida.

Poco después, descubrió que su cáncer reaparecía. Antes de hablar con sus superiores, escribió en su diario:

“¡Cómo me gustó el Evangelio de hoy! Fue otra parábola del Reino: los obreros llamados a trabajar en la viña del Señor a distintas horas de la jornada. ¡Cómo he sentido de nuevo la llamada del Señor! Especialmente hoy, en relación a lo que siento ahora físicamente. Una nueva llamada a cumplir su Voluntad. Voluntad de predilección. Y yo no he hecho otra cosa que darle gracias, y me siento segura en sus manos. Sí, Señor, haz conmigo lo que quieras. Que sea yo siempre más dócil y amante de tu Voluntad. Señor, haz que sea siempre más como un niño, plenamente confiada a tu Amor y a tu Voluntad, porque en Ti me siento segura, porque Tú eres mi Padre”.

Su oración fue escuchada y murió apaciblemente en la única pieza de la pequeña enfermería de Hinojo, en febrero de 1976. Muchas atribuyen el notable desarrollo de la Comunidad a la intercesión de la Hna. Sebastiana.

La segunda trapense que dio su vida por una de nuestras fundaciones de América Latina es la Hna. Gertrude de El Encuentro. Ya hemos relatado las circunstancias de su muerte. Nacida en

Alsacia, había entrado joven en Ubexy; fue nombrada Priora de su comunidad y se había interesado particularmente por los Padres de la Iglesia. Enviada a Méjico antes de que el emplazamiento de la fundación hubiera sido elegido, se encontró sola en un país extranjero sin estar preparada evidentemente para lo que el Señor esperaba de ella. En esos días del comienzo fácilmente se habría deshecho en lágrimas. Sólo después de haber regresado a su querida casa madre para descansar durante una temporada y de haber retornado a Méjico con las otras hermanas fundadoras, comenzó a adaptarse a su nuevo horizonte asumiendo la responsabilidad de importantes decisiones: la elección de dos emplazamientos sucesivos, la construcción de los monasterios y la disposición de muchos otros detalles.

Las dificultades de los años de fundación coincidieron con las tensiones que la mayoría de las comunidades religiosas han conocido durante la última década. Por momentos se sentía casi aplastada bajo el peso de diversos problemas, externos e internos, con los que se enfrentaba su pequeña comunidad. Sin embargo, su amor profundo a Cristo y la convicción de que Dios la había llamado para fundar esta comunidad en un país nuevo, la sostuvieron hasta su muerte súbita, ocurrida justo diez días después de su elección como primera Priora de El Encuentro. En una de sus últimas cartas, escribía con simplicidad:

“Me parece que es para mí la ocasión de disminuir como san Juan Bautista, perder la cabeza y dejar el Señor actuar. Siento que no puedo hacer mucho pero dejarme hacer por Él. Cuento mucho con tus oraciones para que el Señor me ayude a ver claro lo que Él quiere de mí y responder”.

En abril de 1980 un monje trapense fue llamado por Dios para entregar su vida y ser inhumado en uno de nuestros monasterios de América Latina. Este honor le cupo al Hno. Roland (Louis Gendreau), uno de los primeros fundadores de Azul. El Hno. Roland había nacido en una familia numerosa cuyos padres habían emigrado del Canadá a los Estados Unidos. Había sido enfermero durante la Segunda Guerra Mundial sirviendo en un hospital militar en Inglaterra. Después de la guerra trabajó en una fábrica hasta su entrada en el monasterio de Valley Falls, poco antes de que la Comunidad se trasladara a Spencer en 1950. Recibió como palabra de Dios el estímulo del maestro de novicios para que permaneciera en el monasterio y perseverara en el servicio del Señor. Esta fe simple y recta debía guiarlo a través de muchas situaciones difíciles y de las pruebas del alejamiento de su país y de su familia, a los que amaba profundamente.

Después de haber trabajado como carpintero en toda la construcción del Monasterio de Azul, el Hno. Roland fue hasta el fin de su vida el ebanista de la Comunidad y llegó a ser un extraordinario experto en su oficio. Su especialidad eran los proyectos y la realización de altares de madera; la diócesis de Azul está llena de capillas y de iglesias que solicitaron sus servicios en los años de la reforma litúrgica.

En los primeros meses de 1980, aparecieron ciertos indicios de alteración progresiva del equilibrio mental del Hno. Roland. En abril, cuando se hubo manifestado un estado de semi-parálisis, por medio de las radiografías se descubrió la presencia de un tumor maligno en el cerebro. La operación tuvo lugar inmediatamente en Buenos Aires, y el Hno. Roland, murió diez días más tarde.

En sus anotaciones personales, se ha encontrado una oración de acción de gracias a Nuestra Señora que refleja su alegría íntima por haber sido llamado a la vida cisterciense. Fue escrita en francés –su lengua materna– en los últimos años de su vida. No sabía que en esa oración se expresaba el corazón de todas nuestras casas de América Latina. La transcribimos tal cual, en su propio estilo:

“Oh tendré Mère,
je désirais tant cette belle vocation de Trappiste,

c'était un de mes plus beaux revés
avant d' entrer à Valley Falls.
Merci que je suis un Trappiste, votre Trappiste,
que j'y pense souvent et que ma première joie
demeure toujours et augmente toujours.
Merci Jesús, Merci Marie"².

Monasterio Trapense. Azul – Argentina

² "Oh tierna Madre,
deseaba tanto esta hermosa vocación trapense,
era uno de mis sueños más bellos
antes de entrar en Valley Falls.
Gracias porque soy un trapense, tu trapense;
que piensa a menudo en esto y fue mi alegría primera
permanezca siempre y aumente siempre
Gracias Jesús, gracias María".